

DIARIO DE LA TRAGEDIA DE ARBOLEDAS.

Enero 8 (continuación). En Lagunitas, hacienda que dista de la población poco más o menos mil metros, se elevaba en días pasados una enorme columna de humo que podía observarse desde la plaza. Los observadores decían: "Están quemando la casa de Lagunitas, la casa de Cándido Antolínez". A este señor hace cosa de dos años lo desalojaron de sus haciendas de Sucre, por lo cual, perdida toda esperanza de volverlas a ocupar, había adquirido casa en esta población, y la cercana finca antes nombrada. En la cabecera del municipio la vida parecía esposible / Ilusión / A pocos días de pasada la visita del señor Gobernador Doctor Hernández Bustos, y contra las esperanzas de pacificación que llevó este ecuaníme go bernante la persecución arreció, escogiendo principalmente sus víctimas entre los que habían hecho reclamos ante el sereno mandatario; esto fue parte a que centena res de familias tuvieran que emigrar.

Don Cándido es de los pocos que resistieron hasta hace algunos meses. Cambió su casa urbana por un campo en otro municipio y partió con su hijo Enrique a ejercer en ambiente más propicio su profesión de agricultor. Su esposa quedó en Lagunitas para recoger la cosecha de café, vender los frutos y los bienes semovien tes, y trasladarse después a la nueva residencia de su esposo. La tragedia de Arboledas frustró esos planes. Hoy se han conocido sus detalles: numerosos civiles, entre los cuales se encontraron los principales maleantes de la población, se presentaron en la hacienda armados de grass, carabina y escopeta, e hicieron fuego sobre la casa. No había hombres; a la anciana esposa de Antolínez la acompañaban unas cuantas madres de familia que habían ido a buscar allí techo y alimento para sus hi jos porque sus cabañas habían sido incendiadas y arruinadas sus huertas. Por entre la lluvia de balas huyeron con sus niños. No se sabe cuantos recibirían el plomo homicida. Los que se iban en persecución de "los bandidos" la emprendieron contra la pobre anciana, la echaron por tierra a culatazos y procedieron a saquear la casa. Con el café, los muebles, la ropa, las aves de corral, hicieron cargas. La vaji lla que no consideraron aprovechable la rompieron. El ganado lo recogieron y se lo llevaron. Prendieron fuego a la casa y pretendieron arrebatarse la vida a la señ ñora, al ver que había vuelto en sí de los culatazos sufridos, pero alguno improbó semejante determinación. Le ordenaron marcharse de allí; quizo uno de los persegui dores, "los bandidos" despojarla del pañolón que tenía puesto, más de nuevo hubo una voz que impidió el despojo. La señora emprendió carrera hacia el pueblo y como en loquedida entró en la casa de don Joaquín Faillace, con tan mala suerte, que allí los perros la iban despedazando. En esa casa le hicieron remedios por unos días y le regalaron un vestido para que pudiera salir a la calle. Esta señora, ya ancia na, pasó en breves horas de la holgura a la extrema pobreza, quedó sin posibilidad de comunicarse con su esposo o con su hijo, porque no se conceden en el teléfono, comunicaciones particulares; sin recursos de ninguna clase ni techo donde acogerse. De sus bienes conoció una de las mejores vacas de leche, de la que disfrutaba en la población un señor bien conocido; un panadero tiene en servicio una de las mejores bestias de carga de la hacienda.

Enero 9.- Hoy nose oye hablar en los corrillos sino de medidas drásticas. Dicen que hay que aplicarlas sin compasión contra los campesinos. Algunos temen que el gobierno se oponga a esos planes. Como a dos kilómetros de la población; en la ve reda de las cales, a donde marcharon policía nacional y civiles armados se ven ar der cabañas de campesinos, ahora una, luego otra y otra; ya se cuentan cerca de 40 habitaciones entregadas a las llamas, y avanza el elemento destructor durante todo el día. Hay quienes sin ser del bando de los perseguidores, se espantan de la hora que se está llevando a cabo. Uno de ellos, que desde la puerta de su casa contempla el crecimiento del incendio, entra y cierra la puerta diciendo: " / Esto es aterrador / " Aquella vereda tan poblada que parecía una prolongación de la po plación urbana, va quedando reducida a escombros. Las hurtas son taladas sin mi sericordia. Por la tarde llegan al pueblo cargas de legumbres, de los plantíos de los despojados, y en la calle y en la plaza mujeres y niños reciben y comen frutas

DIARIO DE LA TRAGEDIA DE ARBOLEDAS.

Enero 10- La tala de los plantíos, la sangre vertida, el incendio de casas, están dando en qué pensar. Los actores, los fautores, los asusadores, convocan un consiliabulo para deliberar sobre la continuación de la nefanda obra. Resultan cinco deliberantes en contra. Pero, qué son entre tantos que odian la cortapisa? los cinco más cuerdos exponen razones: Sería mejor conservar las casas para que las habiten los nuevos usufructuarios de las fincas, agregan como último argumento, Logran, por fin, que los califiquen de apoyadores de "los bandidos", que los llamen de transfugas, que los pongan en la lista negra. Son rémoras para el partido que los tiene en su seno. Así los cinco callan y tiemblan. Adivinan que la violencia imperante les notificará pronto el destierro. Sigue triunfante la tesis de la eliminación del adversario político, de la suscripción de sus bienes. Dos soldados del regimiento Santander y un agente de la policía nacional, habiendo templado las cuerdas vocales con bastante líquido que afloja los tornillos mentales, recorren las calles gritando abajos y denuestos a quienes por sabido se callan.

Enero 11- Un extranjero, pacífico como el que más, está liando petacas. Es Yanini, árabe que contrajo matrimonio con una arboledana y que ha venido desde algunos años ejerciendo en esta población su profesión de comerciante. Correspondiendo dignamente a la hospitalidad de nuestra patria, se ha mantenido ajeno a nuestras luchas de partidos. Sus actividades y sus aspiraciones se han concentrado en el honrado manejo de sus negocios, para cumplir con no menos honradez sus obligaciones de jefe de hogar cristiano. Con todo, se le persigue, se le hostiliza. Su almacén, situado en la cabecera de la plaza, entre el del concejal Víctor Viscardi y el templo parroquial, no fue respetado el día que los civiles armados estuvieron saqueando casas y tiendas de sus adversarias y adversarios políticos. Yanini se hallaba en Cúcuta, en asuntos de su profesión. Cuando su esposa se dio cuenta de que habían roto candados y saqueado el almacén, ocurrió a quejarse ante el secretario de gobierno, quien se hallaba en Arboledas por haber venido para ver de poner remedio a la anormal situación. Este alto empleado la remite ante el señor alcalde, lo que la alcaldía hiciera para investigar el delito, para satisfacer el justo reclamo preguntándole al señor Yanini. A Yanini no lo ha protegido ni su condición de extranjero pacífico, neutral. Yanini se marcha de aquí con su familia, se va a donde puedan vivir los hombres honrados, porque aquí se le hostiliza inhumanamente, se les entrega a la saña, a la demagogia, se les califica de "bandidos" o de apoyadores de "los bandidos", según inversión del significado de las palabras corriente y moliente en estos pñicaros días en que vivimos, cuando hasta la semántica sufre torturas. Escrutando la vida de Yanini sólo se halla una causa para que los maleantes lo pasaran a su libro de cuentas: en cierta ocasión defendió su derecho de propiedad gravemente conculcado. En efecto, en uno de los últimos meses del año próximo pasado, un retén de los establecidos en la vía Bagueche, creyó espropear unas cuantas reses al campesino Antonio Rodríguez, pero resultó que el ganado sustraído del hato pertenecía a Yanini, y avisado este por su suegro Luciano Díaz, quien casualmente se hallaba en el campo aquel día, se presentó a hacer el justo reclamo ante la alcaldía, allí se le dijo que el asunto era de la competencia del capitán Melo, Jefe de las Fuerzas, por lo cual acudió al caballeroso capitán, llevado de su empeño en evitarse aquella pérdida considerable. Negóbase el capitán a creer el desafuero de los soldados, pero como insistiese el reclamante, dióle las garantías necesarias para que hiciera valer su derecho ante el reten. Cuando llegó allá, habían matado ya una de las reses; sólo recuperó las restantes. Tan moderado fue su reclamo que ni siquiera elevó queja a la gobernación. No obstante esto, los maleantes murmuraban por lo bajo contra su actuación de reclamante. Hoy los demagogos consideran al delincuente y se manifiestan contrariados por que le violan sus derechos; adquiere enemigos que ni la vida le perdonan.

Enero 12- Salió comisión del regimiento "Santander" para la vereda de Cinera. Se esperan noticias pavorosas.

por medio de esas inauditas expropiaciones. A gentes que parecen tentadas por el mal ejemplo se les oye decir: " /Vamos también nosotros a traer nuestra parte / Llega la noche, cesa el incendio; 50 familias, por lo menos, han quedado en este día sin labranza, sin techo y sin vestido. Un centenar de niños lloran estanoche de hambre, devorados por los sancudos, aumentando así la angustia de sus padres que temen que los perseguidores descubran su refugio, lleguen y los priven de vida a ellos y a sus hijos.

A la vereda de Cinera marchó esta mañana otra comisión de los militares venidos de Bucaramanga. La siguió un buen número de civiles provistos de sacos para traer el fruto de su rapia. Los civiles llevaban sed de incendiar casas. Esta noche mismo se reciben buenas noticias. La comisión no fue a Cinera, como se decía, sino que tomó la vía de la Despensa, y recorrió esta vereda y las de Juan Bueno, Moan y Peñón; No encontró habitantes en las casas; el jefe de la comisión no permitió a los civiles incendiarlas, ni robar, por lo cual, al regresar no pudieron menos de hablar contra el jefe y sus sub-alternos: " Esa gente de Bucaramanga, decían; no sirven para nada." Solicitaron ahincadamente nueva comisión compuesta de soldados del regimiento Santander. Hay una turba de disgustados porque no se les concede cuanto piden para satisfacer sus instintos demagógicos. Hacen objeto de su inquina hasta a sus mismos copartidarios, sino no los secundan en sus proyectos de sangre y destrucción. Al señor Zailo Reales, empleado del almacén dedon Joaquín Fallace, trataban de quitarle la vida, pero por fin se contentaron con intimarle la orden de salida con su familia, bajo pena de muerte. Este honrado jefe de hogar está preparando viaje y despidiéndose de sus amigos.

A los poquísimos emulos políticos que han quedado se les impone la protesta como condición para seguir viviendo en Arboledas, pero los más han preferido el abandono de sus casas y empuñado con valor y dignidad el bastón del peregrino. Los que han protestado se cuentan con los dedos de la mano y sobran dedos; algunos han cedido únicamente como medio de seguridad mientras han podido emigrar. Laureano Silva, por ejemplo, protestó antier y hoy no amaneció en la población.